

Todos en el mismo metro

• subterráneo de París suprime los vagones de primera, invadidos por los artistas del 'graffiti'

ANDRÉS PÉREZ

EL METRO de París perderá antes de este verano las señas de identidad que lo distinguían de las grandes redes metropolitanas del mundo. Los coches de primera, que durante buena parte del día circulaban medio vacíos, como insulto a los enlatados ciudadanos del Tercer Estado en la segunda clase, van a perder el número uno dibujado junto a sus puertas y la franja amarilla. Punto y final a los privilegios en el metro, que comenzaron con el nacimiento de la red el 19 de julio de 1900 y que han desatado en los dos últimos años la furia de los *taggeurs*, artistas urbanos del rotulador.

Los responsables de la *régie* autónoma de transportes parisienses (RATP) están contentos por haber tomado esta vez una decisión aplaudida a rabiar por sus nueve millones de clientes diarios. "Los sondeos efectuados en 1990 mostraron que una aplastante mayoría de viajeros estaba contra la primera clase", comenta uno de estos responsables.

De hecho, la primera clase había perdido parte de su elitismo en 1982, bajo el impulso de los socialistas llegados al poder en 1981. Los nuevos directivos del *poder rosa* tomaron la decisión de permitir el acceso del *populacho* a la primera clase en las horas punta, de 5 a 9 de la mañana y de las 5 de la tarde hasta el cierre.

Este metro clasista a tiempo parcial contenía otra flagrante paradoja. Los vagones de primera, cuyas puertas podían ser franqueadas a todas horas al precio de 78 francos (unas 150 pesetas) frente a los 52 francos (unas cien pesetas) que cuesta el billete de segunda, no ofrecían ninguna mejora de confort. En cada una de las 15 líneas de metro, los vagones de primera son idénticos a sus parientes pobres, a excepción del uno pintado, la franja amarilla, y los *graffitis*. La época en que la primera daba derecho a sentarse en sillones acolchados, decorados a imitación del estilo II Imperio, se acabó en los setenta, cuando la gomaespuma de los asientos fue democratizada.

Suprimir la primera clase será algo muy fácil. "Bastará con borrar el uno y la franja amarilla", comenta un directivo de la RATP. Hay algo más difícil: eliminar los *tags*, firmas y frases pintarrajeadas con rotulador por bandas de jóvenes de la periferia de París, que se han cebado con los vagones de primera hasta convertirlos en verdaderos antros *underground*.



FLASH PRESS

El número 1 y la franja amarilla, los únicos restos que quedaban del privilegio de viajar en primera clase, desaparecerán en los próximos meses.

Así, los viajeros ansiosos de seguridad que buscan refugio en la primera se ven obligados a convivir con unas pinturas llegadas de lo hondo de las periferias y muy ajenas a sus gustos artísticos. "La primera era un símbolo para los *taggeurs*", explican los informes de los sociólogos de la RATP, y "este hecho ha contado en la decisión de suprimirla", subraya un ejecutivo.

Desafío a los 'graffiti'

La RATP había emprendido una campaña publicitaria contra los *taggeurs*. Con un aumento de su presupuesto de limpieza, la compañía de ferrocarriles metropolitanos se propone "borrar todos los *taggeurs* y *graffitis* en 24 horas".

El director general de la RATP realizó la semana pasada el inventario de los males provocados por los *taggeurs* y empleó un fino sarcasmo para ridiculizar al ministro de Cultura, Jack Lang, quien ha declarado en repetidas ocasiones su

amor por esta forma de arte improvisada y efímera. Para la RATP, "aumentan la sensación de inseguridad, dañan el material e imponen a los viajeros una forma de expresión que no es la suya".

"Si borramos sistemáticamente, el *taggeur* abandona el terreno. Lo demuestra el ejemplo de Nueva York y la experiencia que hemos realizado en la línea 13, donde antes el 95% de los coches estaban pintarrajeados y ahora sólo son el 5%", subraya un ejecutivo.

"Falso", responde desde un extremo de esa línea de metro Georges Lapassade, responsable del departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de París-8, en la ciudad periférica de Saint-Denis, que ha incorporado a sus programas universitarios la cultura *hip-hop*, con sus *taggeurs*, su música *rap* y sus gorras de viseras interminables.

"Los sociólogos de la RATP son muy inteligentes pero no están sobre el terreno. Desde hace dos años ofrecemos los

muros de nuestra universidad a los jóvenes artistas y los pocos *taggeurs* salvajes que aparecen son borrados por ellos mismos. Los frescos permanecen."

En esta guerra, la RATP anuncia su voluntad de embarcarse en una espiral armamentista: "En cuanto un *graffitista* ejecuta un *tagg*, la RATP aporta su toque personal", es decir, borrarlo. "Los *graffitistas* son perseverantes, la RATP también". Éste es el mensaje a cuatro páginas de publicidad en la prensa francesa.

El conflicto toma tintes raciales cuando la RATP, en sus anuncios publicitarios, recuerda que el *tagg* es una moda "llegada de Estados Unidos", algo que, cuando de cultura se trata, es un golpe bajo en este país. El etnólogo de Saint-Denis, bastión comunista a las puertas de París, se indigna: "El *tagg* no viene de Estados Unidos, sino de los gitanos, puertorriqueños y negros de Estados Unidos. Es una cultura de jóvenes y de inmigrantes."

Las pistas ocultas de la serie televisiva

▲ TWIN PEAKS ▲



Ediciones

VERSAL